



Manuel GRANELL, La vecindad humana. Fundamentación de la Ethología.

Madrid: Revista de Occidente 1969, 16'5 x 22, 52 pp.214

RECENSIONES

Nos encontramos frente al *opus magnum de Granell*, el filósofo asturiano que desde hace años desarrolla su labor profesional en la Universidad de Caracas. En el marco de una reseña, poco más podemos hacer que dejar constancia de su aparición. El pensamiento de Granell es decididamente antropocéntrico, en el sentido de que el hombre es el centro de gravedad de toda su reflexión, actitud que implica además una postura confesadamente *humanista*.

El hombre es un ser inacabado que se encuentra frente a un mundo *inhóspito* lo cual significa para él un reto que pone en movimiento su capacidad creadora e inventiva para construir un mundo y construirse a si mismo; por eso, el hombre no puede ser nunca objeto de una definición lógica, ya que es sólo lo que él mismo se hace. El hombre es esencialmente un *tecnita* que, al mismo tiempo, significa capacidad de preguntarse, de imaginar y de producir situaciones nuevas. Esta doctrina ya la había adelantado Granell (Cr. *Carta sobre el tecnita y la razón*, en su obra *El hombre, un falsificador*. Rev. de Occidente, Madrid 1968) y pone gran cuidado en distinguirla de la del *homo faber*, de un alcance mucho más limitado (pp. 48, 61-63). El hombre se ve obligado a construir su morada; por eso Granell no intenta una «antropología» en sentido clásico, sino una *ethología*. (Esta idea aparece ya en su obra *El humanismo como responsabilidad*, Taurus, Madrid 1959, pp. 77-102); a tematizar este problema está dedicada la primera parte de la obra (pp. 75 - 274). En esta tarea el hombre no se encuentra solo, sino que se encuentra con cosas y hombres que pueden ser para él ayudas o rémoras; lo que implica esta *vecindad humana* es el objeto de la segunda parte (pp. 275 - 528). Todo el mundo humano, en su más amplia acepción que comprende el mundo de la naturaleza y del espíritu, incluyendo al propio hombre como parte de ese mundo, son producto de la capacidad inventiva del hombre puesta en marcha por la radical indigencia humana (pp. 57, 321).



Esta prosaica indicación del planteamiento de Granell no da ni una idea lejana del rico contenido de esta obra. Tal planteamiento nos recuerda un poco el que en 1940 presentara A. Gehlen, y es extraño que en una obra tan erudita como la de Granell esté ausente el nombre del filósofo germano. En el pensamiento del autor creo detectar dos influencias determinantes: la de Ortega y Heidegger y, desde ahí, una originalísima, a veces chocante pero siempre sugestiva, lectura de la historia del pensamiento.

Granell ha conseguido una manera original de filosofar; el estilo, con profusión de términos nuevas o viejos muy remozados, es de una gran originalidad. La obra es de lo más opuesto a un tratado sistemático, obliga a la meditación y es poco apta para los amigos de lecturas salteadas. Diríamos que está redactada en dos textos con un ritmo muy distinto: el fundamental y una profusión de notas -quizá abarquen un tercio del no parco volumen en letra menuda- que cumplen la función tradicional del aparato crítico, pero al mismo tiempo contienen desarrollos originales del texto fundamental. Expresemos solo nuestro desagrado -suponemos que inútil- frente a la desastrosa costumbre editorial de colocar las notas al final de cada capítulo; cuando éstas sean inusualmente largas como en este caso, dificultando así su colocación a pie de página, lo más cómodo para el lector y quizá también para los impresores es agruparlas al final del volumen; esta molestia se nota más en una obra como la presente en la que las notas no pueden ser pasadas por alto sin perder gran parte de la riqueza del pensamiento.

En suma, una obra conseguida dentro de la bibliografía filosófica en lengua española; al lector quizás le resulte costoso seguir sus tortuosos meandros, pero el esfuerzo quedará ampliamente compensado. La idea de base de Granell merece ser atendida y discutida; no deberíamos permitir, por tanto, que se haga realidad este amargo presagio del autor, tantas veces confirmado para vergüenza nuestra: "También sé -doloridamente lo confieso- que suele desconocerse el filosofar en castellano, que mi voz no convoca la deseable audiencia, que quien vive en país ajeno no es de ninguno" (p. 10). Sería una lastima y la obra no lo merece. A. PINTOR - RAMOS.